



**Monasterio Sagrado Corazón - 18 de julio de 1996**  
**50º aniversario de nacimiento al Cielo**  
**de la Sierva de Dios sor M. Consolata Betrone**

**HOMILIA DE S.E. MONS. PIERGIORGIO MICCHIARDI**

**¡YO TE BENDIGO, PADRE!**

Queridos, me parece que las lecturas de la Sta. Misa de hoy nos ayuden muy bien a vivir en la luz de la Palabra de Dios el 50º aniversario de la muerte de nuestra hermana sor Consolata Betrone. Me refiero sobre todo a los versículos del Evangelio que hemos escuchado (Mt 11,28-30) y más bien os invito a repasar con el pensamiento las frases que anteceden inmediatamente al pasaje proclamado hace poco. Cuando Jesús invita a alabar y a dar las gracias al Padre por las grandes cosas que Él cumple en medio de sus hijos, sobre todo porque Él revela el misterio de su Amor a todas las personas que se empequeñecen, sencillas y humildes.

Basándose en esta plegaria de Jesús: *"Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes y se las has revelado a los pequeños"* (Mt 11,25) quisiera que juntos diéramos las gracias, bendijéramos, alabáramos al Señor por todos los dones que Él continuamente hace a su Iglesia, y de modo especial, a nuestra Iglesia que se encuentra en Turín. Por supuesto, nuestra Iglesia, como la Iglesia en general, sufre y vive muchos problemas que causan sufrimiento. Por ejemplo el problema de la creciente descristianización, o sea la creciente falta de referencia a Jesús Cristo.

Otro problema que yo advierto como Obispo sobre todo en esta Diócesis, la disminución de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada que tienen un papel esencial en la vida de la Iglesia. En medio de todos estos problemas, ¡cuántos dones maravillosos ha recibido y recibe nuestra Iglesia!

El don más grande es el de la santidad que brilla en tantos de sus miembros. Santidad a veces reconocida oficialmente por la Iglesia...y

santidad que se está acercando hacia el reconocimiento por parte de la Iglesia, la de sor Consolata una monja de clausura, y una santidad a veces escondida, no reconocida formalmente, pero existente y fructuosa. Ahora, después de esta introducción, quisiera reflexionar con vosotros sobre el don particular que el Señor nos ha hecho, a nuestra Iglesia y a toda la Iglesia, dándonos sor Consolata. Entre otras cosas, me complace subrayar que el nombre que Pierina Betrone ha recibido en religión, María Consolata, es un nombre que se refiere a la Patrona de nuestra Diócesis, Nuestra Señora del Consuelo.

He aquí, el don que el Señor nos ha hecho concediéndonos sor Consolata, creo que sea fundamentalmente esto, nos ha hecho apreciar a través de ella, en toda su profundidad, el Evangelio sobre todo donde Jesús habla de amor misericordioso y de humildad. Se trata de partes del Evangelio que tienen un gran peso para nuestro ambiente que tiene mucha necesidad de creer en el amor de Dios.

Hoy hay necesidad de creer en este amor de Dios, puesto que hay una religiosidad difundida, falta una profunda fe en el Dios de Jesús Cristo, ya que una cosa es creer en Dios creador, una cosa es creer en el Dios que nos ha sido revelado por Jesús Cristo que es precisamente Dios amor, Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Quizás esta falta de fe en el Dios de Jesús Cristo, en el Dios de amor, depende del hecho que nosotros no lo anunciamos suficientemente como amor misericordioso...

Nuestro ambiente tiene también tanta necesidad de creer en el amor de Dios porque hay muy poco amor entre las personas: no quiero ser pesimista, pero realísticamente pienso en las familias desunidas donde hay la traición del verdadero amor, donde hay desatención. He aquí, entonces la actualidad del mensaje y de la vida de sor Consolata que partiendo de la consideración de Dios que es amor, invita a vivir la caridad fraterna, a darse, a decir sí siempre y no sólo a Dios sino también a los hermanos.

El ambiente en que vivimos es un ambiente que tiene necesidad de convencerse que la salvación llega de Dios, ya que hay la contradicción de dos tendencias: por una parte el abatimiento total y por tanto las depresiones, los suicidios por parte de muchos jóvenes y por otra la exaltación excesiva de la persona humana con la consiguiente afirmación que ya no hay necesidad de Dios. Por tanto, tenemos que acoger el amor misericordioso en nuestra vida, amor que nos salva. El concepto de salvación para el cristianismo no quiere decir realidad que aplasta al hombre, sino realidad que lo eleva, que lo completa liberándolo del pecado, poniéndolo en comunión con Dios; no aniquilamiento de la persona, sino una equilibrada elevación de la persona. Y creo que precisamente tenemos que anunciar la salvación que nos llega de Dios misericordioso y colaborar con más esmero para la salvación de las almas.

En estos días mientras reflexionaba sobre sor Consolata y sobre su invocación: "Jesús, María os amo, salvad almas" me preguntaba que esfuerzo pongo yo en lo referente a la salvación de las almas: naturalmente, todo el bien que hacemos está dirigido a esta meta, pero deberíamos también pensar en esta realidad de modo más explícito, puesto que lo que cuenta es salvar la persona, salvar para la salvación eterna.